

¿Quién es Arturo Cova?

Por José Emilio PACHECO

Ilustrado con cuadros de Wilfredo LAM

“Antes que me hubiera apasionado por mujer alguna, jugué mi corazón al azar y me lo ganó la violencia.” Estas palabras inician una de las grandes novelas hispanoamericanas, un libro que todos hemos leído y al que ahora regresamos en otro intento de aproximación, cuando no es el mejor momento para reconocer los méritos de *La Vorágine*: a cuarenta años de su publicación, atraviesa por esa zona ambigua de los obras que ya no son modernas y todavía no pueden llamarse clásicas. La misma y relativa proximidad en el tiempo es un obstáculo más contra el posible juicio. Hoy se escribe un tipo de novela situada en el extremo opuesto de *La Vorágine*. Y sería fácil desdeñar sus cualidades si la juzgáramos (torpemente) con un criterio de “actualidad”, sin darnos cuenta de que *La Vorágine* —como las mejores novelas de su época: *Don Segundo Sombra*, *Doña Bárbara*, *La sombra del caudillo*, *Los de abajo*, *El inglés de los güesos*, por ejemplo— forman la tradición narrativa de nuestro continente, la base sobre la cual se ha construido, a pesar suyo muchas veces, la novelística de estos días.

A esa generación correspondió estructurar la novela hispanoamericana moderna. Con ella triunfó un nacionalismo casi siempre apoyado en lo regional, movido por un afán de cambiar la realidad y hacer frente a los problemas económicos y políticos. Por otra parte, el escritor alcanzó una clara noción de la técnica literaria, y los ambientes descritos (a menudo con mayor interés que los personajes) ya no se contemplaron con los ojos amables del costumbrista. Su interés, en muchos casos, fue relatar la lucha de la naturaleza contra el hombre, y de este “impulso hacia la integración” nació la segunda épica de la tierra americana —a cuatro siglos de las crónicas de la conquista.

La Vorágine fue en pasadas décadas uno de los contados libros capaces de romper, entre nosotros, las murallas que separan al público de sus escritores, y alcanzó una popularidad apasionada que influye en el olvido actual. Mucho se ha escrito sobre el libro y sobre su autor, pues José Eustacio Rivera ha llegado a convertirse en una especie de mito que, casi siempre identificado con su personaje Arturo Cova, postergó en ocasiones el análisis serio que reclama esta novela.

Para desbrozarnos el camino que nos lleve hasta Cova existen ya dos textos fundamentales. * Ninguno de ellos agota el tema, pero son el mejor estímulo y la más amplia documentación para que nos formemos nuestro juicio. El primero es obra del investigador que con más ahínco y fruto ha estudiado a Rivera, Eduardo Neale Silva, quien publicó en 1960 *Horizonte humano* (F. C. E.), una biografía producto de veinte años de búsquedas y esfuerzos. Cuando Neale Silva estudiaba los sonetos y la novela de Rivera advirtió la necesidad de estudiar la vida para comprender lo que escribió un autor cuyo “horizonte” está en relación con muchos acontecimientos decisivos para Colombia, su país: la guerra civil de 1899 a 1902, la secesión de Panamá, el cambio de la república política por la financiera, los efectos del primer desastre europeo y la inquietud que sucedió a ese conflicto. El estudio de Neale Silva acerca de los libros de Rivera no se ha publicado a la hora de redactar esta nota. Un segundo texto es la interpretación psicoanalítica de *La Vorágine* que debemos al doctor Mauro Torres, coterráneo del poeta, y que en México sobresalió por su crítica dialéctica a las ideas de Erich Fromm.

En Neiva y en 1888 nació José Eustacio Rivera, primer varón de una familia cuyas ambiciones se habían visto frustradas por el nacimiento de cuatro mujeres. Hecho anecdótico si se quiere, pero determinante en la vida de Rivera, el cual llevaría siempre el lastre de las esperanzas de sus padres. Tres personajes familiares influyeron a su vez en el carácter del poeta, tres tíos de José Eustacio Rivera que se distinguen en el

Partido Conservador: Don Pedro, Don Napoleón, pedagogo de palmeta, y Don Toribio, quien ganó fama en las guerras civiles por los estragos que causó entre los liberales. El universo literario le fue revelado en los primeros años de la escuela; Rivera leyó con fervor a nuestro Juan de Dios Peza y a los últimos románticos españoles. Más tarde, obtuvo el título de abogado con una tesis acerca del régimen de herencias. En mayo de 1918 salió a los llanos orientales para un asunto de su profesión, un intestado. En Orocué trabó conocimiento con Luis Franco Zapata, que habrá de ser su amigo entrañable y en parte el prototipo del Arturo Cova —célebre cuando aparezca *La Vorágine*.

En 1921 Rivera publica un libro de sonetos, algunos de ellos admirables: *Tierra de promisión*. Más que un modernista, se muestra aquí como un parnasiano que anhela dar a su verso la rotunda perfección del mármol. Rivera describe las tierras que conoció en su infancia y las que presentía en las regiones de Colombia aún ignoradas para él. El paisaje y sus pobladores, la fauna y la flora, se ven estremecidas por la intención que dio el autor a estas composiciones descriptivas, violentas que prefiguran *La Vorágine*. Entre varios, son dignos de recordarse el que empieza: “Atropellados por la pampa suelta, los raudos potros en febril disputa”, y también: “En la tórrida playa, sanguinario y astuto, mueve un tigre el espanto de sus garras de acero.”

La crítica celebra los sonetos y el público, en pocos meses, agota la edición. Rivera es nombrado secretario de la Embajada de su país ante Perú y ante México —que celebra el primer centenario de la Independencia. Al llegar a Lima es bien recibido por los jóvenes peruanos, y a uno de ellos, Luis Alberto Sánchez, concede unas declaraciones periodísticas que al publicarse en Bogotá concitan muchas enemistades para Rivera. El viaje prosigue y tras unos días en La Habana, Rivera llega a México. Enterado por carta del escándalo que suscitó, vigila sus palabras ante los periodistas mexicanos, limitándose a hacer los elogios de rigor en todo visitante y la alabanza de la ciudad.

De regreso a Bogotá, Rivera se enzarza en inútiles polémicas con sus detractores. No admite defecto o limitación en sí mismo o en lo que escribe, y se defiende injuriando a sus rivales con



“Viaje por una naturaleza devoradora”

* El tercer libro de la serie biográfica es *José Eustacio Rivera en la intimidad*, publicado en Bogotá. Doy la referencia únicamente, porque no fue posible consultarlo.

una prosa polémica — que me parece bastante lamentable. Pero el afán de notoriedad a que desde niño estuvo impulsado se satisface. Como todo escritor, Rivera tiene partidarios incondicionales y enemigos encarnizados, dispuestos a recoger el mínimo error o a inventarlo para lanzarse en contra de Rivera — heridos, supuso él, por el buen éxito que había alcanzado *Tierra de promisión*.

El 22 de abril de 1922, Rivera comienza a escribir *La Vorágine* con un plan de trabajo desconocido y seguramente muy distinto de lo que finalmente fue esta novela. A medio camino de su libro, es llamado para otro cargo: abogado de la comisión colombiana de límites con Venezuela. Poco tiempo después empezaron las dificultades con quien encabezaba la comisión, y Rivera decidió explorar y observar, por sus propios medios, la selva fluvial de Colombia en las tierras que lindan con Venezuela, Perú y Brasil. Aun a costa de su salud, Rivera viaja y toma notas de la situación conflictiva que reina en esa zona. Por Manaos, regresa a la capital, pasados varios meses en la selva, y quiere hacerse oír en el Congreso. Su fracaso, unido a otra decepción amorosa, lo recluye de nuevo en Neiva, el sitio donde nació, y decide incorporar a su novela la denuncia que los legisladores se negaron a atender. Miembro del Partido Conservador, temperamento romántico de aspiraciones heroicas, como mil hispanoamericanos, Rivera quiso que en él se cumpliera la hermandad entre el artista y los esfuerzos del hombre cívico. Hay que recordar que, por entonces, Colombia acababa de sufrir la segregación de Panamá y una maraña de grandes intereses codiciaban su caucho y su petróleo. Rivera censuró el olvido en que se tenía a esas regiones y la infiltración de los peruanos. Sus ataques, aclaró, se dirigían a un monopolio, no al pueblo de Perú. Para Rivera, *La Vorágine* es “un grito de protesta en contra de la apatía e indiferencia de las autoridades colombianas, para quienes los llanos y la planicie amazónica son más bien denominaciones geográficas que realidades nacionales”.

A fin de que nadie viese su relato como una invención, Rivera añadió el fragmento de una supuesta carta de Cova y enmarcó la acción dentro de un prólogo y un epílogo que firmó con su nombre. No satisfecho con la autenticidad que podían conferirle tales piezas añadió tres fotografías. La primera que es una imagen del autor en años pasados, se publicó con este pie: “Arturo Cova, en las barrancas de Guaracú —Fotografía tomada por la madona Zoraida Ayram”. La segunda muestra a un cauchero que hace una incisión en el árbol — y no se refiere a ningún personaje en particular. La tercera se presenta como foto auténtica del cauchero Clemente Silva, y es otro ángulo de la escena anterior.

En agosto de 1924 se publicaron los primeros anuncios de *La Vorágine*. Las noticias periodísticas que hablaban de la invasión de tierras colombianas por caucheros peruanos, contribuyeron notablemente a la expectación. Al fin, el 25 de noviembre salió a la venta el libro. Sobre toda otra consideración, lo que atrajo el interés fue el grado de historicidad de los hechos y personajes. Neale Silva incluye en *Horizonte humano* una carta aparecida en el periódico *El Tiempo* firmada por un individuo que felicitaba a Rivera por lo bien que logró captarlo en el personaje de Arturo Cova. Un sacerdote se presentó ante el novelista para pedirle que hiciera legítimas sus relaciones con Alicia, protagonista de la novela. Y Eduardo Castillo, uno de los que habían polemizado tiempo atrás con Rivera, escribió: “*La Vorágine* es una novela visiblemente autobiográfica. Rivera mismo se encargó de divulgarlo, con ingenua complacencia, al colocar en una de las primeras páginas del libro, como retrato del protagonista, su propia y verdadera efigie. Pero aunque no lo hubiese revelado, siempre habría sido fácil averiguarlo en la delectación con que nos pinta a su héroe y nos narra sus hazañas.” La especie lanzada por Castillo: Cova es Rivera; Rivera es Cova, prosperó y ha seguido prosperando; pues no todos quisieron darse cuenta, como Silva, de que en la figura de Cova hay características de su autor y hasta detalles autobiográficos, pero no identidad. Este equívoco, propiciado por los malquerientes del poeta, aumentó las ventas de *La Vorágine*, pero el libro fue degradado, en muchos casos, a fuente de maledicencia donde las personas menos interesadas en la política y en la literatura querían jugar el juego de las identificaciones. Quienes se creyeron aludidos se apresuraron a enderezar nuevas críticas al libro y otros dicerios a su autor —pero él, extrañamente, pareció complacerse con todo esto, y a la pregunta de un periodista acerca de si *La Vorágine* era efectivamente una realidad, contestó: “Yo vi todas esas cosas. Los personajes que allí figuran son todos entes vivos y algunos llevan sus nombres propios.” Vemos que a Rivera le interesaba la fundamentación histórica y la trascendencia sociológica, y así escribía (para seguir su pésima costumbre de responder

a los juicios adversos injuriando a quienes los formulaban) en el artículo “*La Vorágine* y sus críticos” a uno de sus detractores: “¿Cómo no darte cuenta del fin patriótico y humanitario que la tonifica y no hacer coro a mi grito en favor de tantas gentes esclavizadas en su propia patria? ¿Cómo no mover la acción oficial para romperles sus cadenas? Dios sabe que al componer mi libro no obedecí a otro móvil que el de buscar la redención de esos infelices que tienen la selva por cárcel.”

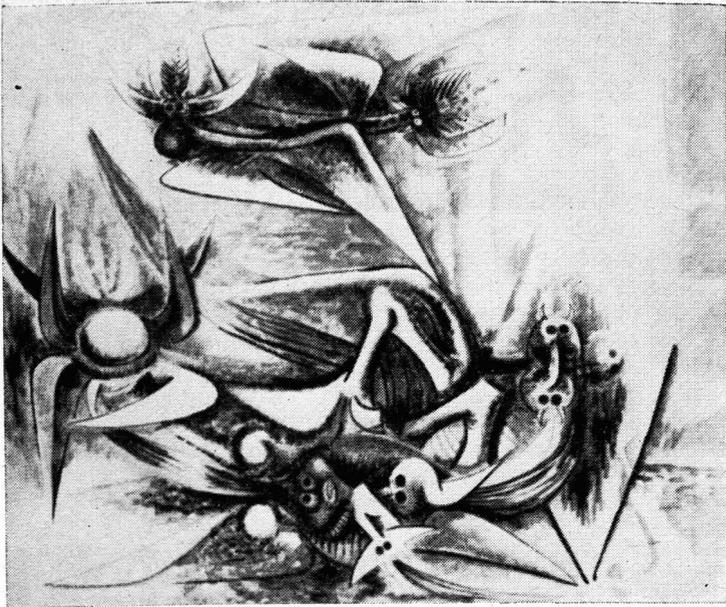
Lo último es cierto sólo parcialmente, pues antes de conocer las duras condiciones de la vida y el trabajo en la región amazónica José Eustacio Rivera había comenzado *La Vorágine*, posiblemente en aras de un afán de notoriedad que sólo la novela —y nunca un libro de poemas— puede dar a un escritor. Pero tal conciencia exagerada del propio valor fue el más grande daño que a sí mismo pudo hacerse Rivera. (“Lo terrible de este oficio, dijo Virginia Woolf, es depender tanto del elogio.”) La guerra literaria lo desanimó hasta el punto de que no quiso dar a conocer un drama en verso, escrito diez años antes. La actitud crítica de sus compañeros, unida a la indiferencia de la más joven generación que se agrupaba bajo el nombre de “Los Nuevos” le vedó la noble satisfacción de ver su obra concluida e impresa. El más grave de los comentarios negativos fue un estudio de Luis Eduardo Nieto Caballero que señaló los versos consonantes y asonantes y aun las estrofas que aparecían en el texto. Por esta vez, y tratándose de un amigo de siempre, Rivera no contestó: al darse cuenta de que su oído, habituado a la cadencia del soneto, lo llevó a un ritmo ajeno al del estilo narrativo, suprimió esos errores — que ya no aparecen en la segunda edición. Con todo, el creciente buen éxito de librería el hecho de que se tradujera a varios idiomas y los múltiples elogios que llegaban de otros países, firmados por escritores de tanto prestigio como Alfonso Reyes y Horacio Quiroga, reestablecieron el precario equilibrio de Rivera y la confianza en su vocación. En 1928 fue a Nueva York para traducir su novela y sacar una nueva edición en castellano. Murió allí, de una extraña enfermedad, y entre sus papeles se hallaron los borradores de una segunda novela, *La mancha de aceite*, sobre la esclavitud a que estaban sometidos los trabajadores de las compañías petroleras norteamericanas. Es curioso añadir que con el mismo título e idéntico tema, César Uribe Piedrahita publicó en 1935 una de las pocas buenas novelas antiimperialistas — género caracterizado por la grandeza de sus intenciones y la miseria de sus realizaciones.

Muerto Rivera, *La Vorágine* acreció su influencia en la vida tanto como en las letras: algo se ha dicho de la manera en que el personaje Arturo Cova ayudó a determinar la conducta, heroica en muchas ocasiones, de algunos estudiantes mexicanos durante la campaña presidencial de Vasconcelos.

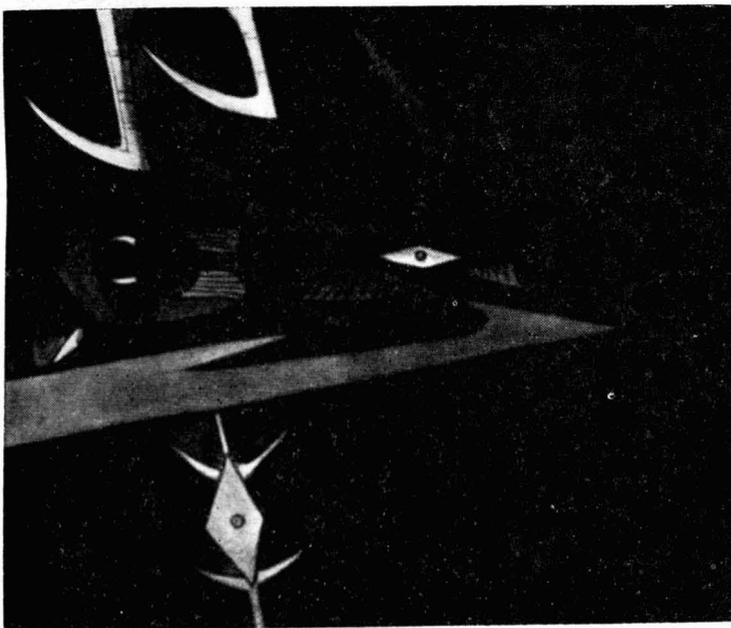
Si, como toda obra trascendente, después de los años *La Vorágine* puede verse un tanto oscurecida, no es por la mengua de su calidad sino por la secuela de sus imitaciones: hubo un tiempo en que un crecido porcentaje de las novelas aparecidas en nuestros países se llamaron “Infierno verde”, “Cárcel de lianas”, si bien pocas (pienso en *El río oscuro* de Alfredo Varela) alcanzaron ser dignas del parangón con *La Vorágine*.

Libro inabarcable, denso y trágico, justifica los veinte años de su vida consagrados por el profesor Neale Silva a estudiarlo. Nada nuevo podrá añadirse en esta nota; sin embargo, creo que en *La Vorágine* alguien podrá buscar algunas raíces de ese increíble tema de nuestros días que es la *Violencia* colombiana. En síntesis, todavía no está claro el juicio sobre *La Vorágine* — aunque ya nadie dude de situarla entre los libros verdaderamente significativos de nuestro continente. A mi juicio de simple lector, *La Vorágine* es una novela más allá de los múltiples, obvios, evidentes, innegables defectos que contiene. Creo que cuando un libro nos convence y nos gusta, ¿qué nos importan sus errores y todo lo que en su contra pueda decirse? En todo caso podríamos repetir que no nos gusta la retórica postmodernista que inunda el libro de Rivera. Pero es ésta una opinión temporal, subyacente, pues ¿qué pensarán en 1994 de la retórica que sin propósito o deliberadamente llena las novelas, los poemas, los ensayos de hoy?

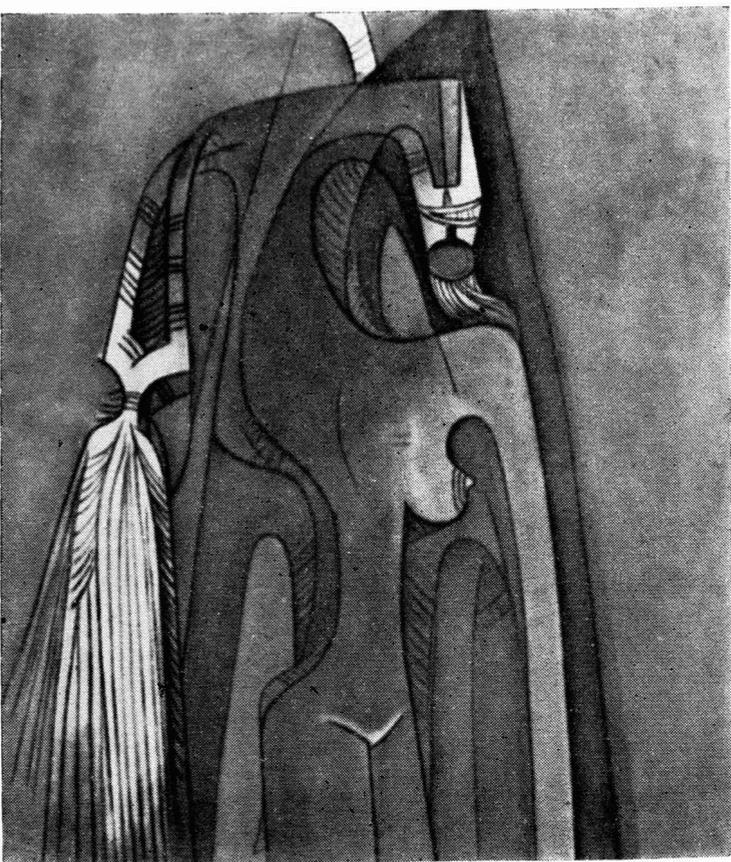
En un plano semicrítico, que no importa demasiado, veríamos como la limitación más seria de *La Vorágine* precisamente lo que le otorga su fuerza, su encanto, su belleza: el hecho poco advertido por los críticos de que hay en el libro tres novelas superpuestas. Una el relato de la huida de Bogotá hasta el incendio de la casa de Franco. Otra que narra la travesía por la selva hasta el apresurado final con la muerte de Barrera. Y una tercera, acaso la mejor, cuenta las desventuras del anciano don Clemente Silva. En el libro todo se mezcla, pero no deja de ser clara esa coexistencia de tres novelas distintas fundidas en *La Vorágine*.



"los dominios del mito y la fiebre"



"el hombre prisionero de sí mismo"



"la mujer, principio y final..."

Ya desde el comienzo de la novela vemos la unidad de Arturo Cova destruida por el conflicto entre "el amor ideal y el amorío fácil que se le entrega sin vacilaciones." Cova, nos dice, es un poeta, sin agregar más datos. O sea un hombre que con el término de la Primera Guerra Mundial ve destruido su anhelo de la llamada "torre de marfil" y se pregunta varias veces en estas páginas: ¿quién estableció el desequilibrio entre la realidad y el alma incolmable? Junto a esta *esfera depresiva* aparece otra manifestación: la violencia. Por eso huye de Bogotá con Alicia para volver a una región de violencia primitiva: los llanos, donde toda iniquidad tiene su asiento y "la tierra es muy amplia para dar sepultura."

"Fama de rendido galán —dice Arturo Cova— gané en el ánimo de muchas mujeres, gracias a la costumbre de fingir, para que mi alma no se sienta sola. Por todas partes fui buscando en qué distraer mi inconformidad, e iba de buena fe, anheloso de renovar mi vida y de rescatarme a la perversión; pero dondequiera que puse mi esperanza hallé lamentable vacío, embellecido por la fantasía y repudiado por el desencanto. Y así, engañándome con mi propia verdad, logré conocer todas las pasiones y sufro su hastío, y prosigo desorientado, caricaturando el ideal para sugestionarme con el pensamiento de que estoy cercano a la redención. La quimera que persigo es humana, y bien sé que de ella parten los caminos para el triunfo, para el bienestar y para el amor. Mas han pasado los días y se va marchitando mi juventud sin que mi ilusión reconozca su derrotero; y viviendo entre mujeres sencillas no he encontrado la sencillez, ni entre las enamoradas el amor, ni la fe entre las creyentes. Mi corazón es como una roca cubierta de musgo, donde nunca falta una lágrima. ¡Hoy me ha visto usted llorar, no por flaqueza de ánimo, que bastante rencor le tengo a la vida; lloré por mis aspiraciones engañadas, por mis ensueños desvanecidos, por lo que no fui, por lo que ya no seré jamás!"

Tales autorretratos abundan a lo largo de la novela. Pero a la luz de estas palabras, no es extraño ver cómo se van deshaciendo los rasgos de civilización en Arturo Cova, que ha tomado de pretexto el mismo rapto de la mujer para andar el camino que lo lleva a hundirse en un mundo regido por la magia. Una vez llegados a la hacienda de la Maporita, Cova tiene tres sueños que anuncian los posteriores derroteros de su vida. En ellos Cova se ve nuevamente tras el objeto de su amor sin poder alcanzarlo. Si antes se hastió de la compañía de Alicia, ahora se siente rechazado, al saber que su posesión sobre ella es incierta, pues teme la cercanía de Barrera y la joven está embarazada. "Alicia —escribe— me trataba ya no sólo con indiferencia sino con mal disimulado desdén. Desde entonces comencé a apasionarme por ella y hasta me dio por idealizarla." Pues Cova no ignora esa dualidad esencial de su ser que oscila siempre en los extremos:

"Mi sensibilidad nerviosa ha pasado por grandes crisis, en que la razón trata de divorciarse del cerebro. A pesar de mi exuberancia física, mi mal de pensar, que ha sido crónico, logra debilitarse de continuo, pues ni durante el sueño quedo libre de la visión imaginativa. Frecuentemente las impresiones logran su máximo de potencia en mi excitabilidad, pero una impresión suele degenerar en la contraria a los pocos minutos de recibida. Así, con la música, recorro la gama del entusiasmo para descender luego a las más refinadas melancolías; de la cólera paso a la transigente mansedumbre, de la prudencia a los arrebatos de la insensatez. En el fondo de mi ánimo acontece lo que en las bahías: las mareas suben y bajan con intermitencia."

La marea ha subido cuando lleno de celos Cova se dispone a la lucha por la mujer, la lucha contra Barrera en un nivel arcaico que ya nada tiene que ver con la civilización. La esperanza vuelve a tocarlo por un instante: "Mi corazón, liberado del peso de la inquietud, comenzó a latir ágilmente. Ya no me quedaba otra congoja que la de haber ofendido a Alicia, pero cuán dulce era el pensamiento de la reconciliación, que se anunciaba como aroma de sementera, como lontananza del amanecer. De todo nuestro pretérito sólo quedaría la huella de los pesares, porque el alma es como el tronco del árbol, que no guarda memoria de las floraciones pasadas sino de las heridas que le abrieron en la corteza. Pero, cuitados o dichosos, debíamos serlo en grado sumo, para que más tarde, si la fatalidad nos apartaba por diversos caminos, nos aproximara el recuerdo, al hallar abrojos semejantes a los que un día nos sangraron, o perspectivas como las que otrora nos sonrieron, cuando teníamos la ilusión de que nos amábamos, de que nuestro amor era inmortal."

"Hasta tuve deseos de confinarme para siempre en esas llanuras fascinadoras, viviendo con Alicia en una casa risueña, que levantaría con mis propias manos a la orilla de un caño de aguas opacas, o en cualquiera de esas colinas minúsculas y verdes donde hay un pozo glauco al lado de una palmera. Allí

de tarde se congregarian los ganados, y yo, fumando en el umbral, como un patriarca primitivo de pecho suavizado por la melancolía de los paisajes, vería las puestas del sol en el horizonte remoto donde nace la noche; y libre ya de las vanas aspiraciones, del engaño de los triunfos efimeros, limitaría mis anhelos a cuidar de la zona que abarcaran mis ojos, al goce de las faenas campesinas, a mi consonancia con la soledad."

Pronto tanta belleza se cambiará en engaño. Cuando sabe que Alicia ha partido, Cova recae en el delirio y en esa inconciliable discordia que se establece entre las dos mitades de su ser:

"Apoyando en el tranquero los codos, comencé a llorar con llanto fácil, sin sollozos, sin contorsiones; era que la fuente de la desgracia, vertiéndose de mis ojos, me aliviaba el corazón de tan desconocida manera, que permanecí un momento insensible a todo. Miré con cara aflictiva a mis compañeros, sin sentir pudor de mis lágrimas, y los veía consolarme, como en un sueño Allí me rodeaban todos. El Pipa se había apropiado de uno de mis vestidos, las mujeres asaban carne y Franco me exigía que me acostara. Mas al decirme que Alicia y Griselda eran dos vagabundas y que con otras mejores las reemplazaríamos, estalló mi despecho como un volcán, y, saltando al potro, partí enloquecido para darles alcance y muerte. Y en el vértigo del escape me parecía ver a Barrera, descabezado como Millán, prendido por los talones a la cola de mi corcel, dispersando miembros en las malezas, hasta que, atomizado, se extinguía entre el polvo de los desiertos.

"Tan cegado iba por la iracundia, que sólo tarde advertí que galopaba tras de Franco y que íbamos llegando a La Maporita. ¡Era verdad que Alicia no estaba allí! En la hamaca de mi rival se tendería libidinosa, mientras yo, desesperado, desvelaba a gritos la inmensidad.

"Entonces fue cuando Franco le prendió fuego a su propia casa."

Porque Arturo Cova, a la postre es un romántico y de allí esa unión conflictiva que se da en él entre el soñador y el "hombre de acción". En medio de todos los que ha conocido en los llanos sólo hay un hombre digno: Franco. Cuando Franco prende fuego a la casa en que ambos han sido traicionados por sus mujeres, Cova quiere arrojarle a las llamas. Alarmado por su demencia, Franco le dice que es preciso perseguir a las fugitivas hasta vengar la ofensa. El incendio acaba con todo lo que restó a la zaga de su ilusión, y Cova siente que las llamas lo arrojan en la selva aislándolo del mundo que conoció, extendiendo ceniza sobre sus pasos. Nada queda de sus esfuerzos, ideales, ambiciones. Nada ha logrado su perseverancia contra la suerte — contra la mala suerte.

Barrera ha desafiado su rencor, Alicia herido su orgullo. Y Cova se interna en la selva, el universo de la magia y la fiebre. La selva viva que habla, siente y contamina a Arturo Cova de su esperanza y su alucinación. La selva tiene un destino inmóvil. Sólo posee una capacidad: el poder de angustiarse. Y es también el lugar mítico, el sitio sagrado, donde va el hombre para encontrarse consigo mismo. ¿A qué, entonces, servirá el mito de la indiecita Mapiripana, sacerdotisa de los silencios, celadora de manantiales y lagunas, si no es para revelar a Arturo Cova que el hombre vivirá eternamente prisionero, enemigo de sí mismo y que nadie podrá librarlo de sus remordimientos? Después de eso su desvarío se hace palpable. En la alucinación, el hombre (Rivera o Cova) deja de expresar a la naturaleza para que la naturaleza exprese al hombre que saciado de su rencor, anhelando que el látigo y la lujuria de Barrera castigasen la traición de Alicia, se da cuenta, presiente, teme que en sus martirizadas entrañas Alicia lleva a su hijo. Entonces Cova delira, oye que las arenas hablan: "No nos pises tan recio que nos lastimas. Apídate de nosotros y lánzanos al viento porque estamos cansadas de ser inmóviles." Oye que las corrientes hablan, piden compasión, suplican que Cova las tome en sus manos para olvidar el movimiento ya que la arena no las detiene y tienen miedo al hondo mar, al océano solitario y voraz.

"Aterrado, aturdido, comprendí que mis clamores no herían el aire; eran ecos mentales que se apagaban entre mi cerebro, sin emitirse, como si estuviera reflexionando. Mientras tanto, proseguía la lucha tremenda de mi voluntad con el cuerpo inmóvil. A mi lado empuñaba una sombra la guadaña y principió a esgrimirla en el viento, sobre mi cabeza. Despavorido esperaba el golpe, mas la muerte se mantenía irresoluta, hasta que, levantando un poco el astil, lo descargó a plomo en mi cráneo. La bóveda parietal, a semejanza de un vidrio ligero, tintineó al resquebrajarse y sus fragmentos resonaron en lo interior, como las monedas entre la alcancía.

"Entonces la caoba meció sus ramas y escuché en sus rumores estos anatemas:

"Picadlo, picadlo con vuestro hierro, para que experimente

lo que es el hacha en la carne viva. Picadlo aunque esté indefenso, pues él también destruyó los árboles y es justo que cozca nuestro martirio!"

"Por si el bosque entendía mis pensamientos, le dirigí esta meditación: ¡Mátame, si quieres, que estoy vivo aún!"

"Y una charca podrida me replicó: ¿Y mis vapores? ¿Acaso están ociosos?"

"Pasos indiferentes avanzaron en la hojarasca. Franco acercóse sonriendo y con la yema de su dedo índice me tentó la pupila extática.

"—¡Estoy vivo, estoy vivo! —le gritaba dentro de mí—. Pon el oído sobre mi pecho y escucharás las pulsaciones.

"Extraño a mis súplicas mudas, llamé a mis compañeros, para decirles, sin una lágrima: 'Abrid la sepultura, que está muerto. Era lo mejor que podía sucederle.' Y sentí con angustia desesperada los golpes de la pica en el arenal.

"Entonces, en un esfuerzo superhumano, pensé al morir:

"¡Maldita sea mi estrella aciaga, que ni en vida ni en muerte se dieron cuenta de que yo tenía corazón!"

"Moví los ojos. Resucité. Franco me sacudía:

"—No vuelvas a dormir sobre el lado izquierdo, que das alaridos pavorosos.

"¡Pero yo no estaba dormido! ¡No estaba dormido!"

Junto a esa alquimia de la fiebre, ha de estar pronto un sacudimiento real: el juicio de Franco que ve la indiferencia de Cova cuando dos de sus compañeros zozobran y perecen ahogados:

"Impaciente por la insistencia de mis compañeros, que rondaban de piedra en piedra, grité:

"—¡Franco, tú eres un necio! ¿Cómo pretendes salvar a quienes perecieron súbitamente? ¿Qué beneficio les brindarías si resucitaran? ¡Déjalos ahí, y envidiemos su muerte!"

"Franco, que recogía desde la margen pedazos de tablones de la embarcación, se armó con uno de ellos para golpearme. '¿Nada te importan tus amigos? ¿Así nos pagas? ¡Jamás te creí tan inhumano, tan detestable!"

"Yo, en el estadillo de su cólera, permanecía perplejo. Tuve vagas nociones del deber y busqué con la mirada mi carabina. Por sobre el eco de los torrentes me herían las palabras de la agresión, que Franco seguía emitiendo a gritos, a la par que manoteaba ante mi rostro. Jamás había conocido yo una iracundia tan elocuente y tumultuosa. Habló de su vida sacrificada por mi capricho, habló de mi ingratitude, de mi carácter voluntarioso, de mi rencor. Ni siquiera había sido leal con él cuando pretendí disfrazarle mi condición en La Maporita: decirle que era hombre rico, cuando la penuria me denunciaba como un herrete: decirle que era casado, cuando Alicia revelaba en sus actitudes la indecisión de la concubina. Y celarla como a una virgen después de haberla encanallado y pervertido. ¡Y desgañarme porque otro se la llevaba, cuando yo, al raptarla, la había iniciado en la perfidia! ¡Y seguirla buscando por el desierto, cuando en las ciudades vivían aburridas de su virtud solícitas mujeres de índole dócil y de hermosa estampa! ¡Y arrastrarlos a ellos en la aventura de un viaje mortífero, para alegrarme de que perecieran trágicamente! ¡Todo por ser yo un desequilibrado tan impulsivo como teatral!"

Arturo Cova, héroe, seguirá cruzando los umbrales hasta el encuentro con el viejo don Clemente Silva (protagonista de la tercera novela que relata el sufrimiento, la explotación de los caucheros — y que no vamos a examinar aquí), Silva que lo devuelve a un mundo menos irracional. Pero Cova marcha tras de la pareja de Alicia y Barrera y no regresará sino después de consumado el asesinato ritual. El encuentro con la madona Zorita Ayram —otra figura singular de esa tierra de crimen y esclavitud que es la zona amazónica— servirá finalmente para que Cova ahonde su repudio por el fácil amor, por la pasión de los sentidos, sienta nostalgia de la mujer ideal y pura que pueda darle lo que nunca ha encontrado: la serenidad. Y hay algo que redime y purifica a Alicia de su pecado: El hecho de que vaya a ser madre. Cova marcha a su encuentro y antes tiene que doblegar las vidas del Cayeno y de Barrera, que muere, como sabemos, en las fauces de los cocodrilos, una escena más del sadismo que impregna toda la novela. Muere Barrera, a quien Alicia había repudiado y aun herido en el rostro; nace el pequeño sietemesino, Cova afirma: "Vivirá, me lo llevaré por estos ríos en pos de mi tierra, lejos del dolor y la esclavitud... Allá escucho toser la flotilla mendiga, que me clama ayuda, pretendiendo alojarse aquí. Imposible. En otras circunstancias me sacrificaría por aliviar a mis coterráneos. Hoy no peligraría la salud de Alicia; pueden contagiar a mi hijo."

El drama de Arturo Cova ha terminado con el exterminio de Barrera y la reconquista de Alicia. Ahora, juntos, se hunden en la selva que, al devorarlos, les proporciona la única paz que le fue dada al hombre: la destrucción, la muerte.